



Ciências Sociais Unisinos

ISSN: 1519-7050

periodicos@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos
Brasil

López de Miguel, Mariano; Angeoletto, Fabio
Génesis del fundamentalismo islámico. Auge de los movimientos islamistas globales con
los ejemplos de Egipto y Argelia de 1979 a 2001
Ciências Sociais Unisinos, vol. 52, núm. 1, enero-abril, 2016, pp. 1-7
Universidade do Vale do Rio dos Sinos
São Leopoldo, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=93845798001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Génesis del fundamentalismo islámico. Auge de los movimientos islamistas globales con los ejemplos de Egipto y Argelia de 1979 a 2001

Genesis of Islamic fundamentalism. Rise of global Islamist movements with the examples of Egypt and Algeria from 1979 to 2001

Mariano López de Miguel¹
lopezdemiguel@gmail.com

Fabio Angeoletto²
fabio_angeoletto@yahoo.es

Resumen

Desde la revolución islámica en Irán en 1979 y la invasión soviética a Afganistán en ese mismo año, se desarrolló un nuevo fenómeno dentro de la historia contemporánea, que es el auge del islamismo. Durante los años 90, él mismo se transformó en un movimiento de alcance global, expandiéndose por todo el globo, con enormes implicaciones para la seguridad, política y relaciones internacionales. Lo que este esquema pretende analizar es la razón o principios por los cuales surgieron movimientos integristas islámicos, el motivo de su radicalización, como su ideología afecta a la seguridad internacional, usando en este caso dos ejemplos claros, como son el de Argelia en el Magreb y el de Egipto en el Mashreq. Se procederá a estudiar los casi 30 años de auge islamista, sus causas y motivaciones políticas, su modus operandi, su implicación en la política regional de Oriente Medio, así como su expansión y proselitismo a nivel internacional, en donde se encuadra una amplia y compleja actividad por parte de estos grupos.

Palabras clave: islamismo, Oriente Medio, grupos armados, grupo islámico armado, Yihad Islámica.

Abstract

Since the Islamic revolution in Iran in 1979 and the Soviet invasion of Afghanistan that same year, a new phenomenon in contemporary history, which is the rise of Islam, was developed. During the 90s, it became a movement of global range, expanding across the globe, with huge implications for security, politics and international relations. This article analyzes the reason or principles by which Islamist movements emerged, the reason for their radicalization, how their ideology affects international security, using in this case two clear examples, viz. Algeria in the Maghreb and Egypt in the Mashreq. It discusses the nearly 30 years of Islamist rise, its causes, political motivations, modus operandi, its involvement in the regional politics of the Middle East as well as its international expansion and proselytism, where a large and complex activity by these groups is located.

Keywords: Islamism, Middle East, armed groups, armed Islamic group, Islamic Jihad.

¹ Universidad de Cantabria. Av. los Castros s/n, 39005 Santander, Cantabria, España.

² Universidad Autónoma de Madrid. Ciudad Universitaria de Cantoblanco, 28049 Madrid, España.

Si el integrismo llega a Afganistán, la guerra continuará durante muchos años: Afganistán se convertirá en un centro mundial para el tráfico de narcóticos. Afganistán se convertirá en un centro del terrorismo mundial. El diablo paga mal a sus devotos
(Mohammed Najibullah, 1947-1996, último presidente de la República democrática de Afganistán).

Introducción

Desde el año 1979, cuando varios acontecimientos sacudieron al mundo islámico (principalmente el triunfo de la revolución del ayatollah Ruhollah Jomeini en Irán contra el régimen del Shah Reza Pahlevi, la toma de la Gran Mezquita de la Meca por el grupo militante de Juhayman al-Otobi y finalmente la invasión de Afganistán por parte de la URSS en las Navidades de ese mismo año), ha sido muy común dentro de los círculos políticos e historiográficos hablar de "Fundamentalismo islámico", término con el que realmente se ha venido haciendo referencia a un conjunto de fenómenos político-culturales bastante complejos y diferenciados entre sí. De manera breve podemos decir que dicha terminología se usa para referirse a la interpretación rigorista del Islam que justifica el uso de la violencia para alcanzar objetivos políticos, siendo el más comprehensivo de ellos el establecimiento de una sociedad basada en los preceptos tradicionales islámicos. Se trataría de evitar todas las "innovaciones" y prácticas que son consideradas herencia directa de influencias externas no islámicas. Ante el surgimiento de movimientos islamistas en Irán, Egipto y Siria, politólogos y expertos atribuyeron sus orígenes a un renacimiento islámico (*principalmente lobbies y grupos de presión conservadores, tales como el Grupo de Estudios Estratégicos en España [GEES] por citar un ejemplo*). Diversos medios occidentales contemporáneos a la aparición de estas organizaciones (por lo general, clandestinas y violentas) hablaron del "retorno al Islam" y de un "fundamentalismo islámico".

El término fundamentalismo islámico ha sido utilizado para designar al integrismo, al Islam radical o al islamismo, con los que puede tener alguna importante coincidencia, si bien cada vocablo corresponde a un fenómeno particular. Cuando hablamos de fundamentalismo islámico, nos referimos, como bien señala Bernard Lewis (1990), a un término generalizado que la prensa comenzó a utilizar por la década de 1980, cuando surgió la revolución islámica de Irán, tratando de indicar con el mismo a los grupos islámicos radicales y militantes. La diferencia entre los llamados "fundamentalistas islámicos" y el conjunto de los musulmanes radicaría en su escolasticismo y legalismo, pues no sólo se basan en el Corán, sino también en las tradiciones del Profeta y, por lo tanto, en el cuerpo de enseñanza teológica y legal transmitida. La intención de estos grupos es, por tanto, revocar todos los códigos y normas sociales importados y modernizados para instalar e imponer en sus sociedades todo el cuerpo y aparato de la Shari'a, o ley islámica, con todas sus leyes, castigos, jurisdicción y forma de gobierno.

Por lo tanto, al hablar de fundamentalismo se puede estar haciendo referencia al sistema político iraní derivado de la

revolución popular acaecida en 1979, al régimen de los talibán que tuvo el poder en Afganistán entre 1996 y 2001 durante el autodenominado "Emirato Islámico de Afganistán" o a las distintas organizaciones militantes surgidas principalmente en Oriente Medio, pero también por todo el mundo musulmán, como la red del fallecido Osama Bin Laden, Al Qaeda, Hamás en Palestina o Hizb ut-Tahrir en Asia Central.

Evitando entrar en discusiones acerca de la corrección o no del uso referido a este término, aquello que principalmente tiene que llamar nuestra atención es que dicho vocablo se aplica tanto para un movimiento chií y de etnia persa (Irán en 1979), como para un grupo militante sunita de etnia pashtún (los talibán) o para la religión estatal de corte sunita-wahabí en el país árabe que es el Reino de Arabia Saudí. Por lo tanto, la extensión en el uso del término fundamentalismo ha hecho que se utilice para referirse a procesos y fenómenos muy distintos entre sí que sólo tienen en común algunos elementos. Aclarar ideas y conceptos y entender las circunstancias en la cual se originaron nos parece la manera más adecuada de abordar la cuestión del fundamentalismo dentro de unos parámetros que no ignoren ni su complejidad, ni los problemas derivados de la señalada inflación terminológica.

En especial, se procederá a incidir en el nexo que suele establecerse entre "radicalismo/fundamentalismo islámico" y "terrorismo". Podemos decir que son fenómenos con varios puntos de contacto, pero que no se vinculan totalmente ni son por ello sinónimos. Ahondar en esta simplificación puede ser, además de inexacto, muy peligroso, debido a que puede servir como ejemplo de la supuesta "confusión y demonización" que estaría haciendo "Occidente" del Islam, lo cual da alas a los grupos yihadistas (*Yihad: En árabe, esfuerzo o lucha interior. También se usa ese término para el conocido como "sexto pilar del Islam", la guerra santa en defensa de la fe*). Con el término terrorismo se designan formas de violencia muy distintas. De hecho, gran parte de la violencia islamista está relacionada con los conflictos entre estados y por lo tanto con la geoestrategia de Oriente Medio. Existen redes terroristas, sean o no islamistas, utilizadas a su vez por los servicios secretos, en particular por los de los países tachados de radicales (que serían, hasta 2003, Irán, Irak, Siria y Libia). Estos países han utilizado el terrorismo como instrumento de política exterior más que como una ideología. Irak dio apoyo al grupo de Abu Nidal, de orientación marxista. La república islámica de Irán dio cobijo y proporcionó logística al Ejército Secreto de Liberación Armenio (ASALA) y al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), ambos de ideología laica. Por ello, debemos incidir en el hecho de que no todos los grupos terroristas son islamistas.

Del fundamentalismo islámico al islamismo

La religión musulmana no es condición u origen *sine qua non* del fanatismo islámico. Distintos estudios indican que este

último obedece a condiciones de carácter histórico, como la entrada/colonización europea –la que llevaron a cabo Francia o el Imperio Británico– de regiones de Oriente Medio y el Magreb, que daría pie a una profunda crisis estatal en el seno del Imperio Otomano (el denominado “Viejo enfermo de Europa”). Este fenómeno terminaría con cerca de diez siglos de nexo político y religioso de los denominados pueblos del mundo árabe.

Como contrapeso a la presencia de Occidente aparecieron dos corrientes de “resistencia”: el movimiento nacionalista árabe (su principal figura en el siglo XX sería Gamal Abdel Nasser tras su llegada al poder en Egipto en 1956), que exigía la igualdad de derechos para los ciudadanos de todos estos países en vías de descolonización, así como el desarrollo de los pueblos oprimidos, y el fundamentalismo islámico, que propugnaba una vuelta a los orígenes del sistema basado en la fe islámica para gobernar a toda la Ummah o comunidad de creyentes.

El iniciador de esta última corriente fue Sayyid Jamal Al-Din Al-Afghani (1839-1897), un activista de origen persa que promovió un renacimiento de la fe frente a la “perversión” sufrida por todas las ramas del Islam. Según Al-Afghani, había tenido lugar una total subyugación del Islam frente a las potencias extranjeras, que habían situado dentro de su esfera de influencia al Emirato de Afganistán, a la Persia Imperial, al Imperio Otomano y a Egipto. Su interpretación del Islam es conocida como salafismo, cuyo significado es la vuelta o retorno a los orígenes del Islam mediante una interpretación literal del Corán y la Sunnah (*si bien la ideología salafista en el subcontinente indio es conocida por el nombre de deobandismo, en alusión también a la herencia pashtún de este término*).

El Islam político tomará forma política a partir de 1928 con el nacimiento en Egipto de la Sociedad de los Hermanos Musulmanes (Al-Ijwan Al-Muslimun), fundada por el maestro de escuela y clérigo Hassan El-Bana. No obstante, no sería hasta el triunfo de la revolución iraní de 1979, de inspiración chií, cuando el fundamentalismo islámico tomó relevancia para los países occidentales.

Como ha indicado en su obra *Yihad: el auge del islamismo en Asia central* (2003) el politólogo de origen pakistaní Ahmed Rashid, los gobiernos occidentales ya habían conocido mucho antes de la revolución encabezada por el ayatollah Ruhollah Jomeini regímenes fundamentalistas como los de Arabia Saudita, la República de Yemen del Norte o el sultanato de Omán. Pero ninguno de ellos amenazaba sus intereses petroleros o geoestratégicos y, por tanto, no existía entonces el fundamentalismo como concepto político. Esto no cambió hasta el triunfo de los revolucionarios iraníes, que cambió el panorama político-económico de la región para el mundo occidental.

En el momento álgido de la revolución iraní –en las Navidades de ese mismo año– la URSS invadió la República Democrática de Afganistán con el objeto de apoyar al gobierno pro-comunista de Kabul y derrocar al presidente Hafizullah Amin, quien según el KGB estaba optando por un viraje hacia Estados Unidos (tal y como había hecho el presidente egipcio Anwar al Sadat tras la firma de los acuerdos de paz en Camp

David con Israel en septiembre de 1978). Dicho gobierno estaba siendo asediado por siete grupos rebeldes apoyados por el Pakistán del general Zia-ul-Haq. Sus principales líderes eran de etnia pashtún e integristas radicales, y pretendían imponer un gobierno islámico. Canalizando las armas y ayuda financiera desde Islamabad, la denominada “Operación Ciclón”, los Estados Unidos financiaron entre 1979-1989 a combatientes (los denominados muyahidín o “guerreros santos”) para luchar contra el “enemigo ateo”. Miles de voluntarios se alistaron para combatir, entrenados por la CIA y el ISI pakistaní en técnicas de guerrilla. El *a posteriori* hombre más buscado por los EEUU, Osama Bin Laden, fue uno de los múltiples voluntarios llegados desde otras partes del mundo musulmán, concretamente desde Arabia Saudí, patria de la cual partió el grupo más nutrido de combatientes. Los saudíes utilizarían su influencia para expandir su rigorista concepción del Islam, el wahabismo.

A la derrota y posterior retirada de la URSS, ocurrida en febrero de 1989 tras una guerra de 10 años y un millón y medio de muertos afganos, los “voluntarios” retornaron a sus lugares de origen, donde fueron recibidos como héroes. Estaban totalmente imbuidos de fanatismo religioso. Líderes como el jeque Abdullah Azzam (ideólogo de la yihad afgana) propugnaron que la lucha continuara para recuperar “los territorios islámicos perdidos como Al-Ándalus y establecer un califato global desde Somalia a Tashkent”. Tras su asesinato ocurrido en 1989 en Peshawar, Osama Bin Laden recogió su testigo aprovechando el fervor latente y con ese legado construyó el embrión de Al Qaeda, “La base” en árabe clásico. El multimillonario y filántropo saudí se colocó a la cabeza de un grupo paramilitar. A diferencia de los responsables de Hamas (movimiento surgido a raíz de la Primera Intifada Palestina en 1987), Hezbollah (creado como un grupo de resistencia chií frente a la invasión israelí de Líbano ocurrida en 1982) o la Jihad Islámica Egipcia (que buscaba un estado islámico regido por la Shari’a y con ese fin cometió el magnicidio del presidente Anwar al-Saddat en 1981) no actuaría como un político de masas y no mostró interés alguno por acceder al poder estatal saudí – tenía entonces buenas relaciones con la casa de Saud, que se romperían tras la invasión de Kuwait por Saddam Hussein y la llamada del rey Fahd a los EEUU permitiendo presencia de tropas “infieles” en la “tierra de Los Dos Santos Lugares”. Sus acciones consistieron en ataques claramente preparados contra Occidente.

Bin Laden fue, en todo caso, el principal organizador del islamismo moderno. Anteriormente nos hemos referido a Jamal Al Din Al Afghani como el renovador de las corrientes fundamentalistas frente al colonialismo y la imposición de reglas “modernas” en la India por el Imperio Británico. También hemos hecho alusión al egipcio Hassan Al Banna (1906-1949), fundador de los Hermanos Musulmanes e impulsor de la primera sociedad islamista. No obstante, todo movimiento fundamentalista moderno bebe o tiene sus raíces en los escritos y discursos de otro activista y político egipcio: Sayyid Qutb (1906-1966).

Ligado durante sus primeros años de movilización a los Hermanos Musulmanes, fue a partir de la revolución de 1952

de los "Oficiales Libres" y durante la posterior presidencia del líder panarabista de mentalidad laica Gamal Abdel Nasser (1956-1970), cuando afloró su ideología extremista, antioccidental y excluyente, basada en un retorno a los postulados clásicos del profeta Mahoma en busca de una sociedad pura, ordenada, limpia y libre de pecado. Tras obtener una beca de estudios en los Estados Unidos, donde permanecería dos años, y regresar a su país natal, publicó la obra *La América que he conocido*, en la que criticaba ferozmente a una sociedad que calificaba de "inmoral, individualista, basada en la primacía del dinero y de los placeres sexuales", y en la que sostenía que todo la comunidad musulmana corría el riesgo de hacer suyos esos problemas si seguía existiendo una influencia global de Occidente sobre dichas regiones.

Junto a ello, Qutb fue un opositor al panarabismo impulsado por Naguib y Nasser en Egipto y en otros países de Oriente Medio, como Siria e Irak, por las respectivas sucursales del partido Baaz, fuerza de corte nacionalista árabe, secular y socialista creada en 1947 en Damasco por Michel Aflaq y Salahed din Bantar. Todo ello en base a que consideraba dichos regímenes apóstatas o "kafir" a causa de la separación iglesia-estado entre otros aspectos. Para muchos historiadores contemporáneos, el pensamiento de Qutb (llamado de modo incorrecto muchas veces "sunnismo qutbista") es la ideología principal de grupos radicales e integristas presentes en Oriente Medio tales como Takfirwal Hijra, surgido como una escisión radical y militante de los Hermanos Musulmanes en 1969, y de líderes del entorno de Al Qaeda como el propio Osama Bin Laden, su sucesor y actual líder de la organización, el doctor egipcio Ayman Al Zawahiri (en su juicio en 1982 a raíz del asesinato de al Sadat manifestó que era simplemente un heredero del pensamiento de Qutb y que sólo ponía en práctica sus escritos, por los cuales cualquier dirigente que se separa del camino marcado por el Corán y la Shari'a debía ser eliminado en tanto que apóstata o falso musulmán) o Abdullah Azzam, un palestino que organizó la lucha armada de voluntarios árabes en Afganistán durante la guerra contra la URSS y murió asesinado en Peshawar en 1990 en circunstancias nunca aclaradas.

Inicialmente, el fundamentalismo/islamismo fue objeto de una violenta represión por los gobiernos nacionalistas modernizadores dominantes a partir de los años cuarenta del siglo pasado en el mundo árabe-islámico. Tras el ascenso de Nasser a la presidencia del país, en 1965 se les acusó de un intento de reorganización así como de intentar acabar con el gobierno por medios violentos. En 1966, Qutb fue juzgado por traición, declarado culpable y sentenciado a morir en la horca el día 29 de agosto de ese mismo año. No obstante, su legado perdurará y así es hasta la actualidad. Una idea suya clave es la referida al martirio (en árabe shaheed) que ha calado entre grupos que van desde los Hermanos Musulmanes y la Gamaa Islamiya en Egipto, a otros como Hamas y la Yihad Islámica en Palestina o incluso organizaciones de corte chií como Hezbollah en Líbano o la Fuerza Jerusalén en Irán.

La ideología que les inspira a todos ellos es el ya aludido salafismo, cuya característica principal es el deseo de volver a los

orígenes doctrinales del Islam y al modo de vida de los primeros musulmanes, purificando la religión de Mahoma de las supuestas creencias y prácticas desviadas que lo han ido contaminando tras siglos de historia. El salafismo no es homogéneo. Dentro de él existen diversas interpretaciones sobre cómo llevar a cabo dicha "vuelta a los orígenes". Al salafismo pertenecen corrientes tan dispares como el wahabismo (creado por el predicador Mohammed Abdul Wahab, quien pactó con la dinastía Al Saud en Arabia y a partir de 1932, tras la creación del estado saudí, sería la corriente oficial de ideología estatal), el deobandismo (a su vez inspira movimientos tan diferentes entre sí como la Jamaat al-Tabligh y los talibán), a los intelectuales que en el siglo XIX admiraron los logros políticos de Occidente e intentaron aplicarlos a la teoría política islámica (Al Afghani) o a los movimientos contemporáneos vinculados a Hermanos Musulmanes.

Por lo tanto, y habida cuenta de que se trata de un fundamentalismo islámico sunita tradicional, el modelo político ideal sería aquel basado en la comunidad originaria de creyentes: el guía espiritual, el Profeta, al cual seguirían los cuatro primeros califas (Abu Bakr, Omar, Osmán y Ali) donde asimismo estos eran a la vez tanto jefe político, como religioso. La ley religiosa es considerada la fuente principal del derecho y el cuerpo político estaría conformado por la comunidad de creyentes (la anteriormente mencionada Ummah). La toma del poder a la muerte de Ali por una dinastía carente de autoridad religiosa (los umayyad u omeyas), así como la división territorial en emiratos, la incorporación de zonas de lengua distinta o ajena al árabe como son los persas y la presencia de comunidades cristianas –en muchos casos mayoritarias– dieron fin a la unidad y monolitismo de la primera comunidad de creyentes islámicos.

Según John L. Esposito (2000), catedrático de Estudios Islámicos en la Universidad de Georgetown, Occidente no valoró el auge del resurgimiento islámico hasta la revolución iraní, no tuvo en cuenta otros movimientos islámicos de los años 70 como los de Libia (con la creación de la Jamahiriya por parte del Coronel Gaddafi quien a través de su "Libro Verde" trató de crear un amalgama entre islam y socialismo), Egipto, Pakistán (con la caída del gobierno de Ali Bhutto, la reislamización del país y de su constitución por parte del dictador militar Zia Ul-Haq) o Sudán, para posteriormente hacer acto de presencia en Argelia y Túnez.

El estudio y la investigación del fundamentalismo islámico: historiografía y metodología

Debido al interés siempre presente de Occidente por entender e interpretar el mundo árabe-islámico, basado en una tradición de siglos, unido a un aumento del mismo por sucesos relativamente recientes como fueron la revolución iraní de 1979, las guerras del Oriente Medio (el enfrentamiento entre el Irak laico y baazista de Saddam Hussein y la teocracia del Irán liderado por el ayatolá Jomeini, así como el posterior conflicto entre

Kuwait e Irak en 1990-1991), sin olvidar las Intifadas Palestinas y los levantamientos en el Magreb –con el caso de Argelia como telón de fondo–, la historiografía europea y en menor medida la española han conocido en los últimos años un auge en cuanto a la aparición de publicaciones acerca de un tema complejo y aún poco conocido, cuyo estudio ha estado acompañado de múltiples errores de interpretación y metodología.

El primer trabajo de envergadura fue el del historiador Bernard Lewis (1990), quien en *El lenguaje político del Islam* hizo un análisis del lenguaje utilizado por el Islam en sus fuentes literarias y en los trabajos de teólogos y juristas. Dicha obra, tras un prefacio introductorio, muestra la amalgama entre metáfora y alusión, la composición del cuerpo político, la relación entre gobernantes y gobernados, así como los límites de la obediencia en el Islam.

Mención aparte merecen los orientalistas y politólogos franceses Olivier Roy (nacido en 1949) y Gilles Kepel (nacido en 1955), cuyas obras son consideradas hoy día estudios clásicos del islamismo contemporáneo. Entre ellas se debe destacar, en el caso de Roy (*Genealogía del Islamismo*, editado en 2000), un ensayo en el cual de forma directa el autor ofrece, a partir de la historia, una visión de los componentes ideológicos, sociales y políticos de los movimientos islámicos, junto a sus esferas de influencia y la deriva de muchos grupos hacia un neofundamentalismo que tendría su culmen en los hechos del 11 de Septiembre de 2001. Posteriormente publicaría otro ensayo consistente en una selección de monografías acerca del Islam militante en Asia Central. Titulado *La nueva Asia Central o la fabricación de naciones* de 1998, posteriormente ampliado en 2002, se editó en nuestro país en el momento más inmediato de la invasión de Afganistán por parte de EEUU y la OTAN.

A raíz de los atentados del 11-S, los estudios sobre islamismo vivieron un auge en el país que sufrió dichos ataques, es decir, los Estados Unidos. Académicos como Joseph J. Trento o el fallecido John K. Cooley diseccionaron estos movimientos desde una perspectiva sociopolítica, así como histórica, principalmente en las obras *Guerras profanas: Terror en el nombre del Islam* de John L. Esposito en 2003 y *Guerras profanas: Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional* (Cooley, 2002) respectivamente. Si bien en algún momento se alineaban con las perspectivas conservadoras, representaron una ruptura con la polémica *El choque de las civilizaciones* (1996) del académico de la Johns Hopkins University y ex asesor de Richard Nixon Samuel P. Huntington, quien predijo una continua guerra entre islámica, la fractura visible de etnias (árabes, persas, turcos, kurdos...) y escuelas o sectas (sunita y chii).

Todo ello ha tenido lugar en medio del proceso de globalización, que ha supuesto la necesidad de comprender y analizar esta compleja temática que hasta fechas recientes no había sido estudiada ni en profundidad, ni con la perspectiva adecuada, por la sociedad occidental. Si bien los terribles acontecimientos vinculados al fundamentalismo islámico, tales como los atentados en Nairobi y Kenia en 1998, los sucesos del 11 de Septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, así como los atentados

en Madrid el 11 de Marzo de 2004, han dado pie a un auge de estudios y debates alrededor de estos conceptos, se sigue investigando en base a un esquema interpretativo algo obsoleto, más concretamente, el que llenó páginas y páginas a raíz de la revolución islámica de Irán, el cual remite al fundamentalismo islámico a un germen retrógrado presente en sociedades poco evolucionadas y maneja una acepción simplista que asimila islamismo con terrorismo y violencia. La falta de un nexo suficiente entre autores, investigadores, académicos o intelectuales de Occidente y del mundo musulmán podría decirse que es –casi sin margen de error– el principal problema para que el fenómeno sea tratado de un modo acertado.

En busca de una mayor equidad, de evitar los errores anteriormente mencionados, que proliferan más bien por la escasa disposición a hacer otra cosa que sintetizar la bibliografía ya traducida o repetir datos sin referencia a fuentes básicas, el conocimiento del fundamentalismo/islamismo ha de pasar por la realización de estudios que analicen los textos contemporáneos y las actuaciones de los islamistas con una perspectiva y una metodología multidisciplinarias desde la historia hasta la sociología, pasando obviamente por los trabajos de los orientalistas y los arabistas.

Los principales movimientos fundamentalistas en el mundo árabe-musulmán: los casos de Egipto y Argelia

Dos países tuvieron, en el pasado más inmediato, una importancia capital en el desarrollo del islamismo político, bien del considerado "evolucionista", como del "revolucionario": Argelia y Egipto. Conocieron asimismo una situación de especial conflictividad interna (a la que en parte han vuelto desde el inicio de la primavera árabe en 2011), donde la evolución tuvo gran incidencia en toda la región e incluso en las relaciones internacionales tanto de sus respectivos movimientos islámicos, como en los de otros países. Argelia es sin duda el caso más grave y violento de islamismo radical sucedido en el Magreb. Durante los años 80 ya habían aparecido movimientos islámicos armados opuestos al gobierno del Frente de Liberación Nacional (FLN), como la red de Mustafá Buyali, activa en múltiples áreas rurales. La interrupción del proceso electoral de 1991 con un golpe de estado para evitar la llegada al poder del Frente Islámico de Salvación (FIS), surgido en 1989– fuerza que, como afirma Gilles Kepel en varias de su obras con hincapié en este país, contó con el apoyo de una nueva clase política formada por una parte de los intelectuales, la burguesía comercial que aspiraba a adueñarse del poder y los "desheredados".

Al golpe le siguió un sanguinario conflicto civil (1992-2003), con un elevado número de muertos causados tanto por los enfrentamientos entre el ejército y los islamistas, como por los numerosos atentados de estos últimos. Es a partir de 1992,

cuando una rama escindida del FIS junto a miembros desafectos del Movimiento Islámico Argelino (MIA), veteranos de la guerra de Afganistán (1979-1989) y jóvenes urbanos sin ninguna filiación conformaron el Grupo Islámico Armado (GIA), cuyo fin era el establecimiento del Califato Islámico de Argelia. De todos los movimientos radicales del mundo musulmán, el GIA fue el más violento, pues no solo se dedicó al asesinato sistemático de los representantes del poder del estado (el factor más común en una guerra de guerrillas), sino también al asesinato de intelectuales, periodistas y mujeres. Muchos observadores consideraron que el asalto a la localidad de Guemar en 1993 fue el nacimiento del GIA. Éste no tardó en convertirse en el grupo más brutal y carente de escrúpulos que asolaron la Argelia rural durante su guerra civil y también en algunas de las ciudades del centro del país.

Ante el temor lógico de un colapso del estado argelino al estilo del Líbano, Afganistán o Somalia que diera paso al establecimiento de una república islámica radical como muchos fundamentalistas deseaban en consecuencia al escenario creado tras la anulación de la segunda vuelta de las elecciones parlamentarias de Enero de 1992, se plantearon las siguientes pautas para una reconciliación nacional, en el que el pluripartidismo marcara la agenda política. Este medio de gobernabilidad acabaría ocurriendo en 1999 cuando el partido del recién elegido presidente Abdelaziz Buteflika pactase un ejecutivo con presencia de islamistas moderados de los partidos En Nahda y Hamas. Por esta razón, resultó de vital importancia a la vía por la cual el islamismo político podía acceder al poder. Si la situación se hubiese seguido radicalizando, un acceso violento pudo haber dado la razón a las facciones más extremistas y violentas y prolongar el estado de guerra civil abierta sufrido por el país entre 1993 y 2002 e incluso de represión extrema, lo que pudo tener efectos devastadores para toda la región.

Para Gema Martín Muñoz, la situación vivida en Argelia tuvo una importancia vital en Egipto: frenó los intentos de liberalización política emprendidos en años anteriores –principalmente entre 1986 y 1990– y abrió un proceso de radicalización islámica ante el trato dado por los militares al FIS. Todo esto dio pie a una situación política terriblemente complicada, pues los Hermanos Musulmanes, principal fuerza de la oposición por su apoyo popular, no podían presentarse a las elecciones más que en coalición con algún partido legalizado (Martín Muñoz, 1999).

Las elecciones de ese país se dirimían entre dos grupos básicos: partidos "laicos" (el partido Wafd, el Reagrupamiento Nacional Progresista Unido-Tagammu y la izquierda nasserista) seguidos de los islámicos (Partido Social de los Trabajadores-PST, Partido Liberal-PL y Hermanos Musulmanes en una alianza electoral atípica). Todo ello en una situación con alta dosis de violencia de grupúsculos militantes extremistas que atentaron principalmente contra altos funcionarios y extranjeros, como fue el caso de la masacre de Luxor en 1995. El intento de ilegalizar a la Hermandad ese mismo año, cuando se culpó a la organización de ser responsable de las actividades de muchos de los disidentes veteranos de la guerra de Afganistán, llevó consigo una grave crisis política. Los comentaristas políti-

cos lo compararon con la situación en Argelia, donde la represión gubernamental contra el Frente Islámico de Salvación (FIS) avivó una violencia masiva. El gobierno egipcio, en un intento de parar el avance islamista (los islamistas controlaban los sindicatos profesionales y estudiantiles, las asociaciones de ayuda social y los bancos islámicos), creó y apoyó un Islam "oficial" en contraposición al que sería denominado como Islam "rebelde" o "ilegal". Por ello abrió mezquitas oficiales y promovió una legislación para controlar las mezquitas privadas (140.000), nombrando ulemas que actuaron en la línea gubernamental; a esto se añadió el esfuerzo de la universidad islámica de Al-Azhar, la más importante y antigua dentro del mundo islámico. El Partido Nacional Democrático del presidente Mubarak desplegó una estrategia islámica modernizadora para atraer a la población hacia una mayor integración en el sistema estatal.

En Egipto, al igual que sucedió en Argelia, las formas de violencia habían cambiado. En el proyecto político islamista la violencia iba dirigida contra el estado o la presencia occidental, pero no contra la sociedad civil. Durante los años noventa, se produjo un deslizamiento hacia blancos sociales o culturales: ataques a mujeres sin velo y a los intelectuales laicos. Esta violencia neofundamentalista gozó de cierta comprensión entre los ulemas tradicionales (Kepel, 2000).

Algunas conclusiones

Sin lugar a dudas, la principal característica del llamado fundamentalismo islámico es la total interpretación inversa de la historia universal. Para sus militantes, lo contemporáneo y el proceso de modernización son la causa de todo mal presente en el mundo musulmán. Para los fundamentalistas/islamistas, la modernidad, que estaría dirigida por Occidente a través de la economía y de otras esferas de influencia, tanto políticas como sociales, debía llegar a su fin. Esto puede parecer difícil de propagar, pero hay que tener en cuenta que uno de los factores que promovió el éxito de los predicadores islámicos fue precisamente que sus acciones se enmarcaban en la misma religión, en la misma cultura, de sus destinatarios.

Debemos añadir que en el contexto anteriormente mencionado, apareció una nueva estrategia que no tuvo como objetivo inmediato el derribo de un régimen considerado apóstata, sino la reislamización por la presión y la creación de espacios islamizados por medios más o menos violentos, en espera de que el paso de la sociedad al islamismo hiciese insostenible la posición gubernamental (GIA en Argelia, JI en Egipto)

Enlazando con todo lo anterior, al igual que ocurre en todas las sociedades, centrarse en un solo aspecto para entender un fenómeno de relevancia puede tener el grave riesgo de llevarnos a una comprensión parcial e inadecuada de los acontecimientos. En la base de esta cuestión está una confrontación sustancial de puntos de vista sobre el concepto de religión. La noción moderna occidental de religión la define como un sistema de creencia personal; por el contrario, para el mundo

islámico, sigue siendo una forma de vida que pone gran énfasis no sólo en la vida personal sino también en la de la comunidad, pasando a ser, así, el factor principal de articulación de todos los aspectos de la vida en estas sociedades. La conclusión principal de todo este análisis es que el Islam como religión no plantea problemas insalvables en su relación con otras culturas. El principal riesgo es la utilización que del Islam hagan los elementos más radicales. Llegado este punto, Occidente puede jugar un papel fundamental si tiene claro el respeto debido a la idiosincrasia musulmana y no a fórmulas políticas que acaben dando la razón a los extremismos.

Referencias

COOLEY, J.K. 2002. *Guerras profanas: Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional*. Madrid, Siglo XXI, 466 p.

ESPOSITO, J.L. 2003. *Guerras profanas: Terror en nombre del Islam*. Barcelona, Paidós, 223 p.

ESPOSITO, J.L. 2000. *The Oxford history of Islam*. Oxford, Oxford University Press, 764 p.

HUNTINGTON, S.P. 1996. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, Paidós, 422 p.

KEPEL, G. 2000. *Fitna: guerra en el corazón del Islam*. Barcelona, Paidós, 331 p.

LEWIS, B. 1990. *El lenguaje político del Islam*. Madrid, Taurus.

MARTÍN MUÑOZ, G. 1999. *El Estado árabe: crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona, Bellaterra, 423 p.

ROY, O. 2000. *Genealogía del Islamismo*. Barcelona, Biblioteca del Islam Contemporáneo, Edicions Bellaterra, 159 p.

ROY, O. 1998. *La Nueva Asia Central, o, La fabricación de naciones*. Madrid, Sequitur, 324 p.

RASHID, A. 2003. *Yihad: El auge del fundamentalismo en Asia Central*. Madrid, Quinteto, 313 p.

Submetido: 26/09/2014
Aceito: 20/11/2015